

**‘ASI ES CÓMO TE VES’  
LO MIMÉTICO COMO DEFENSA DEL NIÑO  
VERDADERO (U OCULTO)  
EN EL PSICOANÁLISIS DE SANDOR FERENCZI (\*)**

**Daniel G. Butler  
Stephen Hartman**

El psicoanálisis es una empresa de inadaptados. No sólo prospera en las concepciones del niño inadaptado (piense en el niño polimórficamente perverso de Freud para quien la libido se liga a una multitud indiscriminada de cosas y partes del cuerpo), sino que es una disciplina polimorfa e inadaptada en sí misma, y a la vez una hermenéutica, un método clínico, y una institución que permanece independiente, todo ello inmune a ciertos mecanismos reguladores en virtud de lo inconsciente en tanto una fuerza inherentemente recalcitrante. Es como si el psicoanálisis fuese una contradisciplina muy adecuada, entonces, para teorizar al niño inadaptado como atrapado recursivamente entre lo social y lo clínico, entre las necesidades del niño como actor social dependiente de los adultos y el niño como una entidad inconsciente anhelando su inherente modo auténtico de ser. Aunque repleto de teóricos tanto a favor como en contra de la adaptación del niño inadaptado al orden social, el último teórico de este niño en el psicoanálisis es quizás el protegido iconoclasta de Freud, Sandor Ferenczi. De hecho, Ferenczi llegó a ser conocido como el ‘*enfant terrible*’ del psicoanálisis<sup>1</sup>, una designación que evidencia la forma en que él mismo encarnó al niño inadaptado (especialmente) en su época.

El análisis, para Ferenczi, fue siempre una especie de análisis infantil -análisis infantil *en* el análisis del adulto. El niño de Ferenczi, por lo tanto, no era solo un niño empírico observable, sino el niño como un tenue objeto interno que se escondía en lo inconsciente del adulto. Ferenczi se quedó con lo inconsciente de sus pacientes adultos en busca de este niño, siendo su faro en tal labor el juego de los sutiles cambios en los estados psicósomáticos del paciente y su intuición para las expresiones afectivas espontáneas del paciente. Es precisamente este juego de afecto y fantasía encarnada -juego, podríamos agregar, especialmente manifiesto en los anhelos eróticos del paciente-niño queer por el padre-analista del mismo sexo- que Ferenczi descubrió que estaba prohibido y negado por los adultos que cuidaban al paciente. La identificación del niño con tal negación señala la represión del verdadero afecto y la formación resultante de un fragmento inconsciente que Ferenczi denominó “el niño verdadero”<sup>2</sup>. El reino del niño verdadero es, por lo tanto, una especie de orfanato, una mina de afecto escindido que habita en lo profundo de la psique. El niño como identidad social emerge entonces de estas profundidades, interpelado en un orden discursivo dictado por adultos para quienes la expresión afectiva debe ser juzgada y constreñida según las costumbres adultas.

En un “trauma propiamente dicho”<sup>3</sup>, ese rechazo de los sentimientos del niño está tan extendido y, de hecho, es casi un hecho tal en nuestro mundo, que con ese punto de vista, Ferenczi se ubica a sí mismo, entre algunos de los pesimistas más desprestigiado del pensamiento occidental. El trauma no es, pues, sólo la causa de la neurosis; para Ferenczi, es la base misma de la subjetividad humana. Somos traumatizados una y otra vez a lo largo de la vida, comenzando con el abandono del niño verdadero o el afecto reprimido -dos términos en última instancia sinónimos en su metapsicología- y continuamos con esas experiencias traumáticas que resaltan el rechazo, el deterioro y el sentido en el cual lo aparentemente normativo, el micro trauma (trauma-t) puede (de)formarnos potencialmente tanto como lo hacen los grandes traumas. La confrontación entre niño y adulto es interpelativa y, por lo tanto, un proceso social, pero es algo que

es continuo con lo intrapsíquico, por lo que requiere un psicoanálisis social y una metapsicología que se entrelaza recursivamente con el campo sociocultural.

El niño real, descubierto por Ferenczi, surge en el psicoanálisis clínico, pero sólo en el instante, en *kairos* o un tiempo extraño<sup>4</sup>, en el cual el afecto reprimido se presenta y se comparte efímeramente en la diada analista-paciente. Este niño verdadero es el asiento del verdadero deseo, una especie de aliado con lo *raro*, ya que ambos falsifican la irrepresentabilidad: el primero con un afecto irrepresentable y el segundo con la irrepresentabilidad de una infancia extraña. Lo extraño, como el niño verdadero, sólo se vive en el *après coup* de la propia infancia<sup>5</sup>. Es como si el niño verdadero en tanto afecto reprimido fuera equivalente a lo extraño, como si el niño verdadero fuera también, en cierto sentido, un niño queer cuyo deseo está proscrito y prohibido de expresarse. Dada esta censura, se necesita una defensa, aunque solo sea para la preservación de un tiempo futuro en el que podría surgir el niño verdadero o queer; pues, como sabemos, por definición, el niño verdadero no podía hablar en el momento del trauma, lo que posterga su “salida del armario” para una fecha posterior. Como el niño con el adulto, la Medusa en opinión de Ferenczi también debe apoyarse en la defensa mimética para comunicarse con su agresor; pues “cuando la Medusa, amenazada con la decapitación, pone una mueca horrible de enfado, ella está en realidad sosteniendo un espejo frente al bestial atacante, como si estuviese diciendo: *así es como te ves*”.<sup>6</sup> La defensa mimética funciona así como escudo y arma respectivamente, para proteger al niño y ordenar que el adulto se dé cuenta de sí mismo como un señor discursivo (de)formando al niño en interés de la hegemonía.

## **HORACIO: EL TRAUMA Y EL NIÑO AFECTIVAMENTE QUEER**

El nacimiento es un trauma, pensaba Ferenczi, cuyo libro de 1925, *Thalassa* se titulaba originalmente *La catástrofe del Nacimiento*<sup>7</sup>. Aunque normativo y reparable mediante una contención posnatal suficientemente buena, el trauma del nacimiento es, no obstante, intenso por suscitar el deseo de “perfecta armonía y tranquilidad que existía antes de que el niño entrara traumáticamente en la vida y se despertara”<sup>8</sup>. Haciéndose eco de la pesimista noción de Emil Cioran acerca de que hay problemas en el hecho mismo de nacer, el útero para Ferenczi es un lugar que buscamos pero al que no podemos regresar, una muerte y una nostalgia que seguiremos sufriendo a lo largo de nuestras vidas.<sup>9</sup> “El verdadero trauma”, escribe Ferenczi, “lo experimentan los niños en situaciones en las que... se les impone una adaptación, un cambio en su propio comportamiento.... De ahí en adelante, ni la experiencia subjetiva ni la objetiva por sí solas serán percibidas como una unidad emocional integrada”<sup>10</sup>. El deseo de una unidad emocional integrada es una variación del deseo de retornar al útero, y mientras buscamos insaciablemente este regreso a lo largo de nuestra vida, y aunque, por supuesto, nunca se logra por completo, evocar al niño verdadero en el adulto es un medio de reparar la fractura de esa unidad emocional, un medio de restaurar, aunque sea momentáneamente, la espontaneidad y la extraña fluidez de la unidad del niño en el útero.

La rareza aquí está destinada a denotar un género y fluidez sexual intrínseco a la infancia y la adolescencia<sup>11</sup>, pero integral en esa fluidez, argumentándose que es una relación afectiva con uno mismo que transgrede las conjunciones propias de la expresión de los contenidos emocionales. Georges Bataille compara el erotismo -por el cual se refiere a una psicosexualidad inherentemente extraña que carece de objetivos reproductivos y, por lo tanto, “llama a [nuestro] ser cuestionada”<sup>12</sup>- a una experiencia relacional de afecto, junto con el erotismo y los estados místicos, esto es como una subjetividad que es comunicada, “de *sujeto a sujeto* a través de un contacto sensible y emocional”<sup>13</sup>. Bataille también compara esta comunicación con la muerte, al igual que Ferenczi, para quien un regreso al útero es su equivalente, simbolizado por la práctica primitiva de enterrar a los muertos en posición fetal<sup>14</sup>. Citando el afecto reprimido que Ferenczi asocia con el niño verdadero en el inconsciente adulto, luego, nos presenta una agitación emocional en el adulto que necesariamente está saturada con la fundamentalmente extraña fluidez de la infancia.

Para ilustrar esta referencia al niño verdadero, recurrimos a Horacio, de 30 años, Queer, caucásico, trabajador cisgénero sin fines de lucro, que ingresó a psicoanálisis cuatro veces por semana hace aproximadamente un año. Horacio había querido probar el análisis durante mucho tiempo, ya que estudió teoría psicoanalítica en la universidad y había pasado por muchas psicoterapias que al final lo habían dejado

desmotivado. Al principio del análisis, Horacio mencionó el deseo de volverse menos ansioso con los hombres, particularmente con los hombres heterosexuales, a quienes generalmente percibía como enojados y propensos a la violencia. También buscó ayuda para sus tendencias masoquistas como el ser despreciado, su atracción por las autolesiones y su adicción a las drogas, esta última, sin embargo, estaba en remisión hacía mucho tiempo. De niño, Horacio había soportado una gran cantidad de traumas físicos y emocionales. Sus memorias, él se daba cuenta, eran en realidad un catálogo de fotografías, unidimensional y planas, y de hecho recordaba muy poco de lo que había sido una infancia bastante violenta.

Una imagen en particular llamaba la atención de Horacio. En ella, Horacio, de cinco años, asistía a uno de los combates de lucha libre de sus hermanos y estaba ataviado con ropa de lucha libre completa -leotardo, casco y todo- con una curiosa especie de calzado en forma de zapatos de fútbol. Él se hacía pasar por un luchador, su imitación de los competidores parecía sugerir una aspiración a unirse a ellos, a convertirse él mismo en un luchador, aunque con cierta versatilidad, tal vez listo para jugar fútbol cuando la lucha se volviese aburrida. Si bien tal imitación a Horacio siempre le pareció bastante baladí y normativa desde el punto de vista del desarrollo, el análisis invitaba a considerar una segunda mirada de aquello que a primera vista podía parecer inofensivo y cotidiano.

Horacio recordó que su hermano, también queer, describió la lucha libre como una experiencia extremadamente traumatizante, llena de homofobia infantil, burla y emasculación (él había sido acusado de “luchar como una niña”), en la cual gran parte de esto emanaba de su padre, quien ordenaba a todos los muchachos, a excepción de Horacio, en la lucha libre. Horacio se preguntaba si su actuación con el uniforme de luchador era de hecho una disuasión, una adaptación sutilmente subversiva a la voluntad de su padre, o cómo se denominará en el presente artículo como una defensa mimética. El uniforme, en esta visión, era un escudo que custodiaba al “niño verdadero”, que para Horacio era un niño declaradamente queer que intuía la necesidad de ocultar su rareza haciéndose también un luchador, amoldándose miméticamente a la mirada normativizadora del padre agresor mientras lateralmente se identificaba con su hermano quien, como él, tenía que ocultar al verdadero niño queer, hasta que un entorno futuro facilitara su aparición. Un escudo convertido en arma, el uniforme también sostenía la promesa de comunicarle al padre que Horacio ya sentía la necesidad de defenderse, de luchar, por así decirlo, no con otro niño todavía, sino con la interpelación y la prescripción de su padre de que el niño creciera en la dirección de un guion lineal, heterocéntrico, de masculinidad.

## LA METAPSIKOLOGÍA DEL TRAUMA DE FERENCZI

Freud comparó la metapsicología con una “bruja” cuyos poderes son, en última instancia, esquivos y potencialmente engañosos, y sin embargo, necesarios para la teoría y la práctica psicoanalítica.<sup>15</sup> La “originalidad del psicoanálisis”, según Dominique Scarfone, “consiste en tener una perspectiva metapsicológica”, la cual siempre está orientada alrededor de los *infans*, o “uno que no puede hablar”<sup>16</sup>. En su *Diario Clínico*, Ferenczi esboza una metapsicología centrada en “un ser que sufre puramente en lo psíquico de su inconsciente, *el niño verdadero*, de quien el Yo despierto no sabe absolutamente nada”<sup>17</sup>. El “niño verdadero” de Ferenczi es su *infans*, disociado como un fragmento de la personalidad adulta. Si bien Ferenczi se refiere a este fragmento como el niño, él también en otro lugar lo reconoce como “*el puro y reprimido afecto*”<sup>18</sup>, afecto que surge no solamente de la filogenia, como lo suponía Freud, sino también de la realidad, de los encuentros históricos en el mundo social. El niño verdadero no puede ser sustraído de estos encuentros ni, sin embargo, puede ser reducir a ellos. Existe una relación mutuamente constitutiva, una recurrencia entre el afecto inconsciente y el encuentro social, de modo que cuando Ferenczi enfatiza la importancia del analista conteniendo el trauma real del paciente adulto-niño, quiere decir que en gran medida esta es una relación afectivamente, somáticamente, y, al menos, en cierta medida, genuinamente “real” independientemente de la veracidad de la narrativa. El trauma, para Ferenczi, *sucedio* -sucedio en el curso de la vida del individuo, no en el mito de la génesis de una horda primaria.<sup>19</sup>

El esquema de la metapsicología de Ferenczi aparece temprano en el *Diario clínico*, principalmente en la entrada titulada “Caso de esquizofrenia progresiva (R.N.)”<sup>20</sup> donde ofrece una elaboración más esquemática

que sistemática que en otras partes del libro. Ferenczi describe la atomización de la personalidad en respuesta a “un doble choque: 1) trauma (y) 2) negación”<sup>21</sup>. Mientras que el giro de Ferenczi hacia el trauma histórico como impulso para la estructuración psíquica se aparta del énfasis freudiano en la herencia filogenética y las pulsiones endógenas, conserva los conceptos de pulsión e instinto, aunque como fuerzas estas son completamente dependiente del entorno para su velocidad y forma. El trauma, en opinión de Ferenczi, se siembra en el cuerpo, surgiendo la pulsión como la contraparte mental del instinto.

En su trascendental artículo de 1932, “Confusión de lenguas”, Ferenczi revisó la teoría original de la seducción de Freud resucitando su afirmación de que el abuso sexual de niños es de hecho una realidad. Esto consternó a la comunidad psicoanalítica, lo que finalmente llevó a la excomunión de Ferenczi de la sociedad internacional. Durante gran parte de 1932, el año anterior a su muerte, Ferenczi escribió relatos detallados de su trabajo clínico, que culminaron en el *Diario Clínico*. Si bien las teorías traumáticas posteriores de Ferenczi se centraron en incidentes específicos de abuso infantil relatados por sus pacientes, Ferenczi también percibió un proceso de socialización entre el adulto y el niño al que se refirió como “identificación con el agresor”<sup>22</sup>. Similar al concepto de interpelación de Louis Althusser<sup>23</sup>, la identificación de Ferenczi con el agresor es lo que permite al niño soportar la sujeción a las proyecciones traumatizantes del adulto. La subjetividad, que se sigue, es inherentemente traumática en el sentido de que es la consecuencia del doble impacto -es decir, del trauma original y abrumador de la interpelación y la necesidad de negar el evento interpelativo en un esfuerzo por proteger del abusador de quien depende la víctima. Este choque, a su vez, divide la personalidad en tres fragmentos: “el niño verdadero”, “Orfa” y “la parte sin alma de la personalidad”<sup>24</sup>. Juntos, estos fragmentos forman un inconsciente intrapsíquico y, sin embargo, inherentemente social.

El niño verdadero de Ferenczi es “*afecto puro y reprimido*” que “debe ser despertado mental y, a veces, también físicamente”<sup>25</sup>. Para llegar al niño verdadero, Ferenczi a veces usaba varias formas de tocar, en algunos casos sosteniendo la mano del paciente o besándolo ínfimamente en la cabeza; pero sobre todo uso el “método de relajación” en el que la ternura y el tacto (o “la capacidad de empatía”<sup>26</sup>) inducían la regresión del paciente, permitiendo un saludable contraste entre la situación traumática de la infancia y el entorno relativamente seguro del análisis. Dadas estas condiciones, podría surgir una presentación afectiva de eventos disociados. Aquí, Ferenczi está estrictamente interesado en el destino del *infans*, y es en virtud de los otros dos fragmentos psíquicos que el *infans* o niño verdadero persevera.

“Orpha” es un “ángel guardián” y el portador de “instintos de vida organizadores”<sup>27</sup>. Ella es esencialmente la protectora del niño huérfano verdadero, una protectora que, en palabras de la estudiosa de Ferenczi, Hayuta Gurevich, va a “buscar al bebé abandonado, al huérfano, para levantar la psique infantil muerta y congelada del inframundo”<sup>28</sup>. El niño verdadero -abandonado en el inframundo como Orfeo que no pudo resistir la tentación de mirar a Eurídice antes de completar su ascenso- queda así encapsulado en un fragmento de tiempo, que forma “una tercera parte desalmada de la personalidad, es decir, con un cuerpo progresivamente despojado de su alma, cuya desintegración no se percibe en absoluto o se considera como un acontecimiento que le sucede a otra persona, siendo observado desde el exterior”<sup>29</sup>. Implícita en el “*tripartitum*” de Ferenczi hay una visión trágica del desarrollo en la que el niño verdadero, el niño de la espontaneidad y el afecto desinhibido, es abandonado a través de la identificación del niño con el agresor adulto. Este tercer fragmento -la parte sin alma de la personalidad- luego observa cómo el niño verdadero se deteriora bajo la tutela de Orpha, quien no buscará al niño hasta que el entorno externo sea lo suficientemente seguro para hacerlo.

## **INADAPTACIÓN MIMÉTICA: HORACIO COMO UN NIÑO QUE HACE MUECAS**

Como protectora del niño verdadero, Orpha moviliza defensas bajo la forma de docilidad o desviación, un niño excepcionalmente obediente o un niño rebelde. Ambos niños se identifican con el agresor, imitando aspectos disociados de la personalidad adulta, parcialmente para defender al niño verdadero por nacer, y también, se argumenta -y aquí es donde divergimos de la interpelación de Althusser- para criticar al adulto a través de la mimesis. Mientras que Althusser y otros no ven ningún potencial de crítica en la imitación porque el niño aún no es un agente y, en cambio, se apoya totalmente en el otro para su subjetividad, Ferenczi afirma que la imitación del niño puede devolver la agresión al adulto, exponiendo así las bases

relacionales de todas sus pretensiones de poder, demandas que muy a menudo son hechas en nombre de un yo ideal<sup>30</sup>. Es como si la imitación del niño se hiciera eco performativamente del axioma de Leo Bersani, “el yo es una conveniencia práctica. Promovida a la categoría de ideal ético, es una sanción de la violencia”<sup>31</sup>. La imitación, en otras palabras, conlleva el potencial de una crítica de la identidad misma como un impacto traumático.

“En situaciones donde la protesta y la reacción negativa... están prohibidos”, escribe Ferenczi, “la crítica sólo puede encontrar expresión de una forma indirecta”<sup>32</sup>. Continúa describiendo al “niño que al hacer muecas se distorsiona a sí mismo pero solo para mostrarle al otro cómo se ve”<sup>33</sup>. El mimetismo del adulto por parte del niño ordena dar cuenta de la prohibición y prescripción que interpela al niño a tal conducta. Comentando la teoría de Ferenczi, Michael Balint escribe: “Los niños están hechos para mentir solo porque los adultos, a través de su comportamiento hipócrita, les impiden ser sinceros”<sup>34</sup>. Balint señala la hipocresía del adulto que le prohíbe al niño mentir mientras le niega las mismas condiciones que permitirían una comunicación veraz. Afirma que los niños necesitan jugar, que el juego es una especie de verdad del niño y, sin embargo, es el juego lo que la moralidad de los adultos prohíbe. En el caso de Horacio, es el juego de la infancia queer, vigilado por la cultura de la lucha libre como un satélite de la voluntad de su padre. En lugar de protestar por esta situación, el niño imita la hipocresía del adulto, lo que Horacio hizo al ponerse el uniforme de lucha libre, en parte como defensa y en parte por necesitar a su padre, pero también como un intento de crear un tercer espacio, un espacio para la reflexión en medio de la violencia de la que nadie fue testigo, un espacio que podría acusar a la niñez hegemónica antes de que su violencia interrelativa se borrara en el segundo choque de la negación.

Horacio salió del armario a los 15 años y poco después comenzó una vida de abuso de alcohol y drogas, volviendo así su crítica reprimida hacia el padre y la familia en su contra. Tal crítica, señala Ferenczi, debe ilustrarse “indirectamente sobre uno mismo a través de un comportamiento exagerado y loco”, un comportamiento para el cual las confusas aventuras con drogas de Horacio, seguramente califican. Si bien la salida de Horacio pareció ofrecer alguna solución o respiro, y forjó lazos con otras personas LGBT (sin Q a principios de la década de 1990) (incluido su hermano), necesariamente atrajo mucha atención, tanto interna como externa, a su mundo privado. Al reclamar una identidad gay, simultáneamente fue desposeído de una parte de sí mismo, habiendo arruinado lo que alguna vez fueron las fantasías privadas de su infancia. La droga y el alcohol se convirtieron en la proverbial mueca de Horacio, realizando miméticamente la alienación y el despojo que había experimentado tiempo atrás en el doble choque de la interpelación, choque en el que se identificaba con la mirada de su padre (convirtiéndose en luchador) y se desidentificaba con la de su hermano (y su propia) rareza de su infancia. La desviación de las drogas y el alcohol, por lo tanto, sirvió para múltiples propósitos: como una destrucción del agresor con el que se había identificado, una destrucción del yo tal como fue creado a los ojos de su padre; como protección órfica del niño verdadero despertado por la expresión del deseo homosexual en una época en que aún dependía de una familia negligente; y como una crítica de las trayectorias de desarrollo heterocéntricas que impidieron la expresión de su identificación lateral con su hermano queer. Su desviación, aunque sin duda destructiva, sin embargo acordonó un espacio para el yo potencial, un espacio donde el niño verdadero había estado escondido, inconscientemente al acecho de algún tipo de actualización

## **HORACIO: DEFENSA MIMÉTICA Y EL TIEMPO DEL NIÑO VERDADERO**

En el séptimo mes de su análisis, Horacio me compartió que había comenzado a leer varias piezas de literatura psicoanalítica. Un día, después de leer a Winnicott, Horacio se mostró esperanzado con su progreso y con la posibilidad de que algo curativo se hubiera afianzado en el tratamiento. La analista de niños Anne Álvarez ha llamado la atención sobre la forma en que la esperanza como afecto ha recibido poca atención en el psicoanálisis desde que Freud marcadamente enfatizó la realidad como un asunto fundamentalmente doloroso y decepcionante. Horacio, por lo tanto, tenía buenas razones para estar nervioso por compartir su esperanza sobre el análisis dado la tendenciosidad más cínica del Padre-Freud. Álvarez advierte, que “una teoría [cínica] de este tipo puede ser dañina en el trabajo con ... algunos niños carenciados que pueden

necesitar trabajar y aceptar otro tipo de ‘realidad’, una que pueda contener esperanza, seguridad e incluso placer”<sup>35</sup>.

Sin embargo, con montones de vacilaciones y dudas, Horacio intentó comunicar esta esperanza a su analista. Su nerviosa excitación evocaba el descubrimiento de una solución de compromiso tan evidente como la fotografía de él en traje de lucha libre, una fotografía simbólica de su compromiso de escindir sigilosamente las identificaciones entre su padre y su hermano queer. Horacio hablaba de usar a su analista, como es usado el objeto en Winnicott -un estadio más desarrollado en el camino hacia la relación total del objeto- y su analista escuchaba, comentando suavemente. Eventualmente, su analista le interpretaba, citando un conflicto entre las aspiraciones de Horacio y la realidad potencial de las inmensas necesidades de Horacio: Horacio esperaba que su analista lo tratase como una buena madre y un sujeto completo, pero el analista le ofrecía la posibilidad que Horacio aun necesitaba de encontrar un pecho presente, y a veces como un objeto parcialmente malo. En respuesta, Horacio se incorporó, agarró dos almohadas, las acercó a su pecho y se movió lentamente hacia los pies de la camilla analítica. Más tarde, Horacio informó que no controlaba conscientemente estos movimientos, lo que confirmó que habían ocurrido de forma espontánea, o en lo que Ferenczi denominó “un estado crepuscular”<sup>36</sup> -es decir, un estado disociado propio del niño verdadero traumatizado. Mientras la ansiedad inundaba la habitación, el analista notó lo asustado que parecía Horacio y como casi parecía que estaba usando las almohadas como escudo. Horacio decía muy poco, mostrando una incapacidad para pensar y una confusión vertiginosa; sin embargo, se podría decir que hablaba en un lenguaje de mimesis en el que las almohadas se convirtieron en un espejo.

Cuando Horacio se dirigió a su analista y le preguntó por qué se sentía y se comportaba de esa manera, su analista le dijo: “¿Qué pasa con la idea de que esté reviviendo algo?”. Esto ayudó, porque aunque Horacio estaba familiarizado con el concepto psicoanalítico básico de la repetición, al final lo lo evitaba para conjurar su miedo y ansiedad. Tal maleficio evoca la parte sin alma de la personalidad para quien, observa Ferenczi, “la desintegración no se percibe en absoluto”<sup>37</sup>. En cuanto al suceso revivido, Horacio no tenía una explicación preparada, o al menos ninguna satisfactoria, que ofrecer. Más tarde Horacio se dio cuenta de que el sentimiento que compartía con el analista se transmutaba en una interpretación del conflicto; una esperanza infantil, en otras palabras, fue exagerada hacia una idea compleja. Esto probablemente precipitó la descompensación de Horacio. “Cada vez que se suprime, interrumpe o reprime una reacción emocional”, escribe Ferenczi, “algo en realidad se destruye en nosotros”<sup>38</sup>. La esperanza como derivado del niño verdadero queda así huérfana, convirtiéndose en otra “parte aniquilada de la persona [que] cae en un estado de decadencia y descomposición”<sup>39</sup>. Este proceso profundamente inconsciente sólo es observado desde fuera, como si fuera desde arriba, por el fragmento sin alma, despojado, incorpóreo -un fantasma en la habitación, una presencia siniestra, la sensación mutua de que algo está siendo repetido. En respuesta a la amenaza de aniquilación total, Orpha desplegó una defensa mimética, que para Horacio apareció en las almohadas. En lugar de defenderse de un impacto inminente, las almohadas le comunicaron miméticamente al analista que ya había ocurrido un impacto, dejando a Horacio psíquicamente indefenso de una interpelación que lo aclamaba para identificarse con un concepto a expensas de su estado afectivo. Una virtual “confusión de lenguas”<sup>40</sup>, la pasión del analista adulto por el conocimiento superó el tierno optimismo del paciente niño y dejó a Horacio confundido, perturbado y, sin embargo, dependiente de su analista para comprender lo que había sucedido.

Las almohadas, entonces, interpelaban al analista a dar cuenta de su participación afectiva en el evento, una participación inseparable del propio afecto reprimido del analista o del niño verdadero, ya que el análisis mutuo o de “dos niños” de Ferenczi no es una deconstrucción unilateral del inconsciente del paciente, sino “un diálogo de inconscientes”<sup>41</sup> del que ambas partes deben rendir cuentas. Lo que el analista interpretó fue un giro, una especie de “torbellino mental” en el pensamiento de Horacio: Horacio estaba esperanzado y aspiraba a una resolución, y de este le daba vuelta a aquello que en realidad podría ser un conflicto en su cabeza. Es como si su esperanza hubiese cometido un acto potencialmente perverso, ofreciendo una resolución libre de conflictos, similar a un útero, al negar lo que de hecho podría ser una negación omnipotente del conflicto y la agresión. Las almohadas, sin embargo, pedían miméticamente que el

analista diera cuenta de su respuesta afectiva a esta proposición perversa. Las almohadas simbolizaban una necesidad frustrada del analista de fusionarse con la esperanza de Horacio por crear una unidad emocional integrada, una ilusión similar a un útero en el que un afecto que alguna vez fue “suprimido, interrumpido o reprimido”<sup>42</sup> también podría habitar dentro del analista, asociándose con sus propios afectos reprimidos de miedo y ansiedad que se hicieron evidentes en la decisión de su analista de interpretar en lugar de ‘sentir con’ Horacio en el momento.

La supresión del afecto es un trauma real que marca la génesis del inconsciente social de Ferenczi. Es a través de la represión adicional del sentimiento espontáneo de uno, la identificación y la adaptación forzada a la voluntad del adulto -en otras palabras, una especie de “resolución” del complejo de Edipo- que la organización tripartita del niño verdadero, Orfa y la parte desalmado de la personalidad nace. Cuando la esperanza de Horacio se desvaneció y se sintió confundido, lleno de dudas y sin otra opción que volverse hacia el analista, identificándose con él como el que sabe, encarnó performativamente los orígenes del inconsciente social. En términos más althusserianos, la interpretación del analista interpeló a Horacio para que asumiera una posición de sujeción epistémica, alejándolo del afecto supuestamente materno y enigmático, y acercándolo al falo paterno como portador de conocimiento y verdad. Horacio se sintió así rechazado, impotente, disociado. No podía protestar por la situación, con su mente confundida y concretizada, y su cuerpo recurriendo a la defensa mimética como un último recurso.

Si bien Ferenczi criticaba la implantación del erotismo adulto como central para la subyugación del niño verdadero, abordar al niño verdadero en el análisis implica, sin embargo, dinámicas eróticas de transferencia-contratransferencia que pueden preocupar tanto al analista como al paciente. Steven Kuchuck escribe sobre su trabajo con hombres abusados cuando eran niños, señalando el erotismo involucrado en la intensa ansia que estos hombres tienen por una figura paterna que pueda sostenerlos psíquicamente e, incluso, penetrarlos consensualmente<sup>43</sup>. Tal contención puede inducir a compartir una regresión a una existencia similar a la uterina asociada anteriormente con una sexualidad queer en la que el carácter distintivo de los objetos como de los genitales es quizás menos importante que el fluido afectivo que une a tales objetos. Esto es similar a lo que Ferenczi denominó una “regresión thalassal”<sup>44</sup>, una regresión y una restauración momentánea de la madre-mar que, como el erotismo de Bataille, destruye las identidades separadas de una manera que imita la muerte. La comparación que hace Bataille del afecto compartido con la fusión del erotismo sugiere que estar-con el sentimiento de un paciente hasta el punto de convertirse en un estado mutuamente encarnado, es decir, un estado de interpenetración, puede representar un riesgo para las identificaciones que forman el yo socialmente reconocible. La identificación del analista como varón heterosexual, en otras palabras, se pone en riesgo cuando trabaja con el niño verdadero de su paciente varón queer, ya que éste le requiere que invoque a su propio niño verdadero, un niño menos preocupado por la penetración organizada genitalmente que por las regresiones thalassales y el contacto perverso polimorfo. Penetrar con la interpretación puede ser entonces una forma de repetir el rechazo del niño verdadero que busca (e)merger en relación con el objeto parental. Tal repetición probablemente surge de la ansiedad de perder la propia identidad en las corrientes eróticas subyacentes del contacto afectivo, corrientes que tienen el poder de destruir y reconstituir subversivamente las identidades construidas a través de la interpelación<sup>45</sup>. Este proceso es lo que las almohadas, para Horacio, podrían haber reflejado para que el analista pudiera considerar la función normativizadora de interpretar en lugar de sentir la esperanza de Horacio.

La escisión entre interpretación y ser-con el paciente nos devuelve a la foto en la que Horacio es llamado a identificarse con la interpretación del padre-analista a expensas de la identificación lateral con su hermano afectivamente queer. El anhelo por un padre que no exija tal división se puso en práctica cuando Horacio se dirigió a su analista para que le explicara lo que estaba sucediendo. La respuesta musitada, es que tal vez Horacio estaba tratando de comunicarle algo acerca de sus sentimientos al analista, se veía reflejada en la noción compasivamente entregada de que Horacio podría estar reviviendo algo. Esta interpretación fue lo suficientemente nutritiva como para constituir una realización parcial de un padre que ‘siente con el niño’, no solo como un padre firmemente apegado, sino como un padre homoerótico que puede ofrecer su cuerpo, llegando a investir libidinalmente a su agitado hijo, al mismo tiempo que enfrenta la confusa rareza de su

vida afectiva. Tal encuentro afectivo entre analista y paciente sólo ocurre en el momento -en el *il y ya* o el momento de *kairos*- donde dos niños luchan bajo y contra la égida del inconsciente adulto.

Si el adulto-analista-agresor puede exitosamente prestar atención a las órdenes del niño-paciente víctima, ubicándose a sí mismo como cómplice del sufrimiento del niño, entonces el potencial para un testimonio encarnado en lugar de un testimonio sin alma del trauma se hace posible. Sólo se asiste al niño verdadero en una temporalidad del instante. Bataille se refiere a esa temporalidad como el *il y ya*: “imposible, pero ahí está”<sup>46</sup>. Ausente y pensado como perdido para el adulto, el niño verdadero de repente se vuelve afectivamente presente, lo que equivale a una especie de visitación imposible, o lo que Bataille define además como “el análogo negativo de un milagro”<sup>47</sup>. Para Bataille, el *il y ya* es vertiginoso y cegador, similar a la oscuridad que acompaña a la mirada fija en el sol. Irreductible al fenómeno empírico, el *il y ya* del niño verdadero, sin embargo, se registra fenomenológicamente en forma de puesta en escena espontánea, acertadamente mostrada en el caso de Horacio. El *il y ya* también es concebible como una forma de lo que E. L. McCallum y Mikko Tuhkanen refieren como el tiempo queer. Señalan cómo al final de su vida, Freud edipizó la temporalidad al fusionar al padre con Kronos, el dios griego que algunos estudiosos consideraban la personificación del tiempo. Una temporalidad extraña, sin embargo, “no es la de *cronos*, la del tiempo lineal cuyo mismo nombre míticamente señala linaje (en el antiguo mito griego, Kronos es el padre de Zeus); sino más bien, las contingencias de lo queer que podrían estar más cerca del tiempo de *kairos*, el momento de la oportunidad”<sup>48</sup>.

## CONCLUSIÓN: LO MUTUAL Y LO ASIMÉTRICO, UNA LUCHA CONTINUA.

Los críticos del psicoanálisis de Ferenczi han señalado que privilegiar la mutualidad o aquello que se discutió anteriormente como un análisis afectivamente *queerly*, o de dos niños, no cuadra con la asimetría inherente de la situación psicoanalítica, o podríamos agregar, la asimetría entre niño y adulto. Si bien Bataille es un pensador que critica de manera similar la interpelación violenta de los niños en el orden de los adultos<sup>49</sup>, también está interesado en señalar la importancia de dicho orden si el erotismo como transgresión ha de mantener su encanto cautivador y placentero. Para Bataille, necesitamos la vergüenza del adoctrinamiento traumático en el orden social, de modo que el atravesar cuerpos separados, ya sea en estados afectivos o eróticos, es algo que perennemente sigue encendiendo nuestro deseo, pues la vergüenza es lo que superamos momentáneamente en el acto erotoafectivo<sup>50</sup>. Al final de su vida, el mismo Ferenczi se encontró con la inadecuación del análisis mutuo o de dos niños, sugiriendo que el regreso a un “estado pretraumático” solo puede tener efectos transitorios en oposición a cualquier reorganización psíquica permanente. Una lectura más casual de Ferenczi podría sugerir que su visión romántica no captó totalmente que ciertos tipos de trauma, como el paso de la niñez a la edad adulta, siguen siendo parte integral de la vida afectiva, ya que constituyen pérdidas que hacen que el duelo y la euforia sean fuerzas apremiantes en la experiencia humana. Pero el *Diario Clínico* demuestra poderosamente el compromiso de Ferenczi con un contrapeso comprometido e interminable entre niño y adulto, analista y paciente, de modo que cualquier desdiferenciación que se busque en el análisis mutuo no simplemente niega la asimetría, sino que se compromete a luchar con ella en una especie de espíritu bataillano o foucaultiano<sup>51</sup>.

Bernard Stiegler describe el carácter draconiano de una cultura de consumo globalizada que abandona a sus niños al destruir su necesidad de identificarse con los adultos como portadores de la ley y la responsabilidad. “Esta identificación repetida”, señala, es “lo que distingue y vincula a las generaciones”<sup>52</sup>. Sin tal identificación, los niños sufren otro trauma, uno que la teoría del trauma de Ferenczi aparentemente subestimó, a saber, la pérdida de generaciones anteriores como “transmisores de experiencia” más allá de los traumas que Ferenczi consideraba inherentes a la formación del sujeto. En otras palabras, es como si el análisis mutuo de Ferenczi nunca hubiera llegado al punto de convertir al fantasma sin alma de la mente en un ancestro que observa activamente porque su metapsicología implícitamente veía la identidad misma -las categorías mismas de las generaciones- como un trauma y un impacto. Pero nuevamente, debemos preguntarnos hasta qué punto Ferenczi nunca dejó de luchar con la identidad, defendiéndola y deconstruyéndola miméticamente, en lugar de proponer que la eliminemos *en su totalidad*.

La crítica indirecta de Horacio, su mueca proverbial, antes manifiesta en la autolesión del abuso de drogas, entró lentamente en el análisis, primero en forma de mimesis con las almohadas y luego en una solicitud verbal para que el analista explique su participación en la puesta en escena. Sin embargo, fue la apertura del analista a la reparación, en lugar de simplemente evitar una promulgación similar en el futuro, lo que sentó las bases para una crítica más directa. Además, fue la apertura del analista en general, o lo que Ferenczi denomina “amistad maternal”<sup>53</sup>, lo que atrajo a Orpha, engendrando *kairos* o el *il y ya*, y lo que permitió la aparición imposible del niño verdadero que había sido rechazado por un adulto desde un pasado en gran parte inmemorial de Horacio. Ferenczi tenía dudas sobre tal movimiento. Por un lado, propugnaba un proceso no teleológico de ruptura y reparación como curativo; por otro, idealizaba el retorno a un estado pretraumático, convirtiéndolo sin saberlo en un *telos* posible bajo la forma de un retorno imposible al útero materno. Esta es la paradoja implícita del último trabajo de Ferenczi: uno podría querer destruir por completo al analista adulto, volviendo a un estado indiferenciado del útero, pero lo que hace que la restauración (más que el regreso) a este estado sea una posibilidad atractiva, es precisamente su imposibilidad como solución permanente. Lidar continuamente con esta imposibilidad fue el propósito del análisis mutuo de Ferenczi. Era también la finalidad del espejo como defensa, defensa mimética, que prepara al niño verdadero, queer, para un tiempo de emergencia que no refleja el yo en su interpelación, sino en su alteridad como verdad afectiva que languidece y se deteriora en el inconsciente social, la verdad de un niño intemporalmente quieto y sin embargo no exento de potencial para ser presenciado en el momento de un afecto, cegador como el sol.

## BIBLIOGRAFÍA

- Althusser, Louis. *Lenin and Philosophy and Other Essays*. Translated by Ben Brewster. New York: Monthly Review P, 2001.
- Alvarez, Anne. “Beyond the Unpleasure Principle: Some Preconditions for Thinking Through Play.” *Journal of Child Psychotherapy* 14 (1988): 1–13.
- Bataille, Georges. *Erotism: Death and Sensuality*. Translated by Mary Dalwood. San Francisco: City Lights Books, 1986.
- . *The Accursed Share: An Essay on General Economy, Volumes 2 and 3*. Translated by Robert Hurley. New York: Zone Books, 1993.
- Bersani, Leo. *Is the Rectum a Grave? And Other Essays*. Chicago: University of Chicago P, 2009.
- Bonomi, Carlo. “The Penis on the Trail: Re-reading the Origins of Psychoanalysis With Sandor Ferenczi.” In *The Legacy of Sandor Ferenczi: From Ghost to Ancestor*, edited by Adrienne Harris and Steven Kuchuck, 33–52. New York: Routledge, 2015.
- Butler, Judith. “Imitation and Gender Insubordination.” In *The Lesbian and Gay Studies Reader*, edited by Henry Abelove, Michele Aina Barale, and David M. Halperin, 307–320. London: Routledge, 1993.
- Cavitch, Max. “Do You Love Me? The Question of the Queer Child of Psychoanalysis.” In *Psychoanalysis, Culture, & Society* 5/9 (2015): 1–19.
- Cioran, Emil. *The Trouble with Being Born*. Translated by Richard Howard, edited by Eugene Thacker. New York: Arcade Publishing, 2012.
- Direk, Zeynep. “Erotic Experience and Sexual Difference in Bataille.” In *Reading Bataille Now*, edited by Shannon Winnubst, 94–116. Bloomington: Indiana University P, 2007.
- Erenc, Ferenc. “Poor Konrad: The Body and the Soulseekers.” In *Ferenczi for Our Time: Theory and Practice*, edited by Judit Szekacs-Weisz and Tom Keve, 167–81. London: Karnac, 2012.
- Ferenczi, Sandor. “Child Analysis in the Analysis of Adults.” In *Final Contributions on the Problems and Methods of Psycho-Analysis*. Translated by Eric Mosbacher, edited by Michael Balint, 126–43. London: Karnac, 2002.
- . “Confusion of Tongues Between the Adults and the Child: The Language of Tenderness and Passion.” In *Final Contributions on the Problems and Methods of Psycho-Analysis*. Translated by Eric Mosbacher, edited by Michael Balint, 156–68. London: Karnac, 2002.
- . “The Elasticity of Psychoanalytic Technique.” In *Final Contributions on the*

- Problems and Methods of Psycho-Analysis. Translated by Eric Mosbacher, edited by Michael Balint, 87–102. London: Karnac, 2002.
- . Clinical Diary. Translated by Michael Balint and Nicola Zarday Jackson, edited by Judith Dupont. Boston: Harvard UP, 1989.
- . Thalassa: A Theory of Genitality. Translated by Henry Alden Bunker. New York: Norton, 1968.
- Freud, Sigmund. Totem and Taboo. Translated by James Strachey. New York: Norton, 1950.
- . “Analysis Terminable and Interminable.” In The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud, Volume XXIII (1937–1939): Moses and Monotheism, An Outline of Psycho-Analysis and Other Works. Translated and edited by James Strachey, 209–54. London: Hogarth P, 1937.
- Gurevich, Hayuta. “The Language of Absence and the Language of Tenderness: Therapeutic Transformation of Early Psychic Trauma and Dissociation as Resolution of ‘Identification With the Aggressor.’” *Fort Da: the Journal of the Northern California Society for Psychoanalytic Psychology* 21, no. 1 (2015): 45–65.
- Keve, Tom. “Ferenczi Remembered.” In *Ferenczi and His World: Rekindling the Spirit of the Budapest School*, edited by Judit Szekacs-Weisz and Tom Keve, 1–31. London: Karnac, 2012.
- Kuchuck, Steven. “On the Therapeutic Action of Love and Desire.” In *The Legacy of Sandor Ferenczi: From Ghost to Ancestor*, edited by Adrienne Harris and Steven Kuchuck, 223–35. New York: Routledge, 2015.
- McCallum, E.L., and Mikko Tukhanen. “Becoming Unbecoming: Untimely Meditations.” In *Queer Times, Queer Becomings*, edited by E.L. McCallum and Mikko Tukhanen, 1–25. New York: SUNY P, 2011.
- Saketopolou, Avgi. “To Suffer Pleasure: The Shattering of the Ego as the Labor of Perverse Sexuality.” *Studies in Gender and Sexuality* 15 (2014): 254–68.
- Scarfone, Dominique. *The Unpast, Actuality of the Unconscious*, New York: Unconscious in Translation, 2016, forthcoming.
- Stein, Ruth. “The Otherness of Sexuality: Excess.” *Journal of the American Psychoanalytic Association* 56 (2008): 43–71.
- Stiegler, Bernard. *Taking Care of Youth and Generations*. Translated by Stephen Barker. California: Stanford UP, 2010.
- Stockton, Kathryn Bond. *The Queer Child, or Growing Sideways in the Twentieth Century*. Durham: Duke UP, 2009.

Este artículo fue escrito por Daniel G. Butler y desarrollado en conversación con Stephen Hartman. Está dedicado al Dr. E.

**Nota:** Stephen Hartman gentilmente prestó su apoyo y sus reflexiones a lo largo de este proyecto, pero el artículo en sí fue escrito e investigado por mí. Los editores querían que los colaboradores tuvieran un doctorado o que encontraran un coautor de doctorado, y así fue como Stephen se involucró. **Daniel**

**Publicado en:** (\*) Este es Cap. 4 ‘This is show you look’: Mimicry as defense of the actual (or Hidden) child in Sandor Ferenczi’s Psychoanalysis, pp. 53-69, en “MISFIT CHILDREN: An Inquiry into Childhood Belongings”, Markus P. J. Bohlmann (Editor), 290 págs., Edit. Lexington Books, 2016.

*Volver a Artículos sobre Ferenczi*  
*Volver a Newsletter 21-ALSF*

## Notas al final

- 1.- Sandor Ferenczi, “Análisis de niños en el análisis de adultos”, en *Contribuciones finales sobre los problemas y métodos del psicoanálisis*, trad. Eric Mosbacher y ed. Michael Balint (Londres: Karnac, 2002), 127.
- 2.- Sandor Ferenczi, *Diario Clínico*, trad. Michael Balint y Nicola Zarday Jackson y ed. Judith Dupont (Boston: Harvard UP, 1989), 8.
- 3.- Ferenczi, *Diario Clínico*, 69.
- 4.- El McCallum y Mikko Tukhanen, “Volviéndose impropio: inoportuno Meditaciones” en *Queer Times, Queer Becomings*. eds. E.L. McCallum y Mikko Tukhanen (Nueva York: SUNY P, 2011), 8–9.
- 5.- Kathryn Bond-Stockton, *The Queer Child o Growing Sideway in the Siglo XX* (Durham: Duke UP, 2009).
- 6.- Sandor Ferenczi, *Diario Clínico*, trad. Michael Balint y Nicola Zarday Jackson y ed. Judith Dupont (Boston: Harvard UP, 1989), 177.
- 7.- Ver Carlo Bonomi, “The Penis on the Trail: Re-Reading the Origins of Psychoanalysis With Sandor Ferenczi”, en *The Legacy of Sandor Ferenczi: From Ghost to Ancestor*, eds. Adrienne Harris y Steven Kuchuck (Nueva York: Routledge, 2015), 33–52.
- 8.- Bonomi, “El pene”, 40.
- 9.- Emil Cioran, *El problema de nacer*, trad. Richard Howard y ed. Eugene Thacker (Nueva York: Arcade Publishing, 2012)
- 10.- Ferenczi, *Diario Clínico*, 69.
- 11.- Max Cavitch, “¿Me amas? La cuestión del niño queer del psicoanálisis”, en *Psychoanalysis, Culture, & Society* 5/9 (2015): 1–19.
- 12.- Georges Bataille, *Erotismo: muerte y sensualidad*, trad. María Dalwood (San Francisco: City Lights Books, 1986), 29.
- 13.- Georges Bataille, *La parte maldita vol. 3: Soberanía*, trad. Roberto Hurley (Nueva York: Zone Books, 1991), 242.
- 14.- Bonomi, “El pene”, 40.
- 15.- Sigmund Freud, “Análisis Terminable e Interminable”, 225.
- 16.- Dominique Scarfone, *Lo no pasado, realidad del inconsciente* (Nueva York: Inconsciente en traducción, 2016), 34.
- 17.- Ferenczi, *Diario Clínico*, 9; énfasis añadido.
- 18.- *Ibid.*; énfasis en el original.
- 19.- Sigmund Freud, *Tótem y tabú*, trad. James Strachey (Nueva York: Norton, 1950).
- 20.- Ferenczi, *Diario Clínico*, 8–10.
- 21.- *Ibid.*, 182.
- 22.- Sandor Ferenczi, “Confusión de lenguas entre los adultos y el niño: El lenguaje de la ternura y la pasión”, en *Aportes finales sobre los problemas y Métodos de Psicoanálisis*, trad. Eric Mosbacher y ed. miguel Balint (Londres: Karnac, 2002), 163–64
- 23.- Althusser, Louis. *Lenin y la filosofía y otros ensayos*, trad. Ben Brewster (Nueva York: Monthly Review P, 2001).
- 24.- Ferenczi, *Diario Clínico*, 9.
- 25.- *Ibid.*
- 26.- Sandor Ferenczi. “La elasticidad de la técnica psicoanalítica”, en *Contribuciones finales sobre los problemas y métodos del psicoanálisis*, trad. eric mosbacher y ed. Michael Balint (Londres: Karnac, 2002), 89
- 27.- Ferenczi, *Diario Clínico*, 8.
- 28.- Hayuta Gurevich. “El lenguaje de la ausencia y el lenguaje de la ternura: transformación terapéutica del trauma psíquico temprano y la disociación como resolución de la ‘identificación con el agresor’”, *Fort Da: the Journal of the Northern Sociedad de California para la Psicología Psicoanalítica* 21, no. 1 (2015): 52.
- 29.-Ferenczi, *Diario Clínico*, 9.
- 30.- Esto es paralelo a la visión de imitación de Judith Butler. Véase su “Imitación y Género Insubordinación”, en *The Lesbian and Gay Studies Reader*, eds. Henry Abelove, Michele Aina Barale y David M. Halperin (Londres: Routledge, 1993), 307–20.
- 31.- Leo Bersani. “¿Es el recto una tumba?” en *¿Es el recto una tumba y otros Ensayos* (Chicago: Universidad de Chicago P, 2010), 30.
- 32.- Sandor Ferenczi, *Diario Clínico*, 50.
- 33.- *Ibid.*
- 34.- Michael Balint citado en Tom Keve, “Ferenczi Remembered,” en *Ferenczi and Su mundo: Reavivar el espíritu de la Escuela de Budapest*, eds. Judit Szekacs-Weisz y Tom Keve (Londres: Karnac, 2012), 19.
- 35.- Anne Alvarez, “Más allá del principio del displacer: algunas condiciones previas para Thinking Through Play”, *Journal of Child Psychotherapy* 14 (1988): 4.
- 36.- Ferenczi, “Análisis de niños”, 130.
- 37.- Ferenczi, *Diario Clínico*, 9.
- 38.- *Ibid.*, 88.
- 39.- *Ibid.*
- 40.- *Ibid.*
- 41.- *Ibid.*, 84.
- 42.- *Ibid.*, 88.
- 43.- Steven Kuchuck, “Sobre la acción terapéutica del amor y el deseo”, en *El Legado de Sandor Ferenczi: de fantasma a antepasado*, eds. Adrienne Harris y Steven Kuchuck (Nueva York: Routledge, 2015).

- 44.- Sandor Ferenczi, *Thalassa: Una teoría de la genitalidad*, trad. Búnker de Henry Alden (Londres: Karnac, 1989).
- 45.- Avgi Saketopolou, "Sufrir placer: la destrucción del ego como trabajo de la sexualidad perversa", *Estudios de género y sexualidad* 15 (2014): 254–68.
- 46.- 46. Georges Bataille, *La parte maldita*, 243.
- 47.- *Ibid.*
- 48.- McCallum y Tuhkanen, "Introducción", pág. 8.
- 49.- Bataille, *La parte maldita*, 63.
- 50.- Ruth Stein, "La alteridad de la sexualidad: exceso", *Journal of the American Asociación Psicoanalítica* 56 (2008): 43–71
- 51.- Max Cavitch discute la versión foucaultiana de tal espíritu en su "¿Me amas? La cuestión del niño queer del psicoanálisis", en *Psychoanalysis, Culture, & Society* 5/9 (2015): 1–19.
- 52.- Bernard Stiegler, *Cuidando a la Juventud y las Generaciones*, trad. Stephen Barker (California: Stanford UP, 2010), 4.
- 53.- Ferenczi, "Confusión de lenguas", 160.